

LUCHA EN EL DESIERTO

El Sol asoma por la colina. Un breve rayo de luz golpea la cara de Brun, una hiena manchada. Comenzaba a desperezarse cuando notó un pinchazo en la oreja. Se giró y ahí estaba su hijo Broud, enganchado a su oreja con los dientes. Siempre lo hacía, era su manera de decir buenos días. Le agarró con la pata y lo puso a su lado. Mientras su hijo miraba todo lo que se movía, su madre se encargaba de limpiarlo cuidadosamente con la lengua. A Broud le encantaba. Cuando acabó, le dejó irse con los otros cachorros a jugar. Después se limpió a sí misma. En cuanto acabó, se levantó y se fue a buscar comida.

Siguió el curso del río Duru, hasta que llegó a la cima del Fuji, un pequeño montículo perfecto para el avistamiento de carroña y pequeñas presas. Pronto se la unieron el resto de los Cazadores de su manada. Estuvieron buscando un buen rato hasta que divisó una bandada de buitres a lo lejos. Con un gruñido les indicó a todos el descubrimiento y comenzaron a correr. Cuando llegaron, descubrieron con júbilo un pequeño grupo de dik-diks muertos, seguramente por falta de agua. Aquella zona era muy seca. Cogieron en la boca 2 dos cada uno y comenzaron el viaje de vuelta.

Estaban ya cerca cuando escucharon un sonido que no les gustó nada, era el rugido de un león. Soltaron las presas y se quedaron en posición de ataque. Pero no aparecían los leones. Horrorizados, se dieron cuenta de dónde procedían los rugidos y gruñidos. De su hogar. Corrieron desesperados, preocupados por los cachorros que allí estaban. Brun avanzaba como nunca lo había hecho. Llegaron, pero era demasiado tarde. Las crías no estaban, y los guardianes estaban heridos. Al observar aquel panorama, Brun rechinó los dientes de rabia y dolor. Los leones le habían robado lo que más amaba. Eran los animales más perversos de la sabana. Esto ya se lo habían hecho a manadas vecinas. Mataban por diversión. Y encima los hombres decían que las malas eran ellas, y los leones los buenos. Ignorantes, no sabían cómo era la sabana. Cogieron a los heridos

y les curaron como pudieron. Después comieron un par de dik-diks. Necesitaban reponer todas las fuerzas posibles para luchar contra los leones. Sí, luchar. No iban a quedarse de brazos cruzados mientras los leones mataban a sus hijos. Aunque muriesen en el intento, había que intentar luchar por lo que se amaba. Así que quedaron en partir con el alba. Se tumbaron a descansar. Brun no podía parar de pensar en Broud. Era su pequeño, su vida. Y ahora los leones se lo habían arrebatado. Se juró a sí misma que acabaría con ellos. Exhausta, se durmió.

Al amanecer, se pusieron en marcha. Siguiendo el rastro del olor de sus hijos, comenzaron a correr en la dirección correcta. El tiempo era clave. Cuando antes llegasen, más posibilidades de salvar a sus crías tendrían. Pararon en un estanque a beber un poco de agua y siguieron la marcha. Cuando se hizo de noche, pararon. Comieron un poco de carne que habían encontrado y se durmieron, pensando en sus cachorros. A la mañana siguiente, mientras atravesaban un claro, escucharon un rugido muy familiar. Y el olor de sus hijos se hacía cada vez más fuerte. Después de hallar la dirección, corrieron a toda velocidad. Cada vez estaban más cerca. Ya podían oír con dolor los lamentos de sus pequeños. Llegaron a una colina, y al asomarse vieron un panorama que les hizo echar chispas. Los leones eran muchos y su macho alfa era enorme. Estaba de pie, observando con satisfacción como sus lacayos maltrataban a las crías. Brun estaba a punto de lanzarse cuando un macho la paró. Tenía razón, no podían precipitarse. Los leones eran más grandes y fuertes que ellos, necesitaban un plan de ataque. Estuvieron discutiendo un rato hasta que se pusieron de acuerdo. Cuatro machos aparecerían delante de ellos provocándoles. La mayoría de los leones saldrían detrás de ellos y unos pocos se quedarían de guardia. De esos pocos se intentaría ocupar el resto del grupo.

Comenzó el plan. Cuando los leones se fueron, Brun salió de las sombras a enfrentarse a los otros. Empezó la batalla. Ella se lanzó contra el alfa. Iba con tal fuerza que le derribó. Rodaron por el suelo entre mordiscos y arañazos. Horrorizada, vio cómo

sus compañeros iban perdiendo, igual que ella, que notaba que las fuerzas le fallaban. Se asustó aún más cuando vio llegar al resto de los leones, con sus compañeros por detrás. La batalla iba de mal en peor. Las hienas iban perdiendo. Los leones fueron avanzando hasta que los acorralaron contra un montículo. Todo estaba perdido. Pero de pronto se escuchó una risa triunfante. Se giraron y detrás de la colina aparecieron decenas de hienas. Todas ellas habían sufrido el ataque de los leones, y todas ellas ansiaban venganza. Se lanzaron al ataque. Pillados por sorpresa e inferiores en número y fuerza, los leones se vieron acorralados ellos ahora. Las hienas venían de todos los lados, haciendo honor a su fama de ser el mamífero con la mordedura más fuerte. Los leones dieron fe de ello y los sufrieron.

Cuando no quedó ningún león, revisaron las pérdidas. Por suerte, no había muerto ninguna hiena. Emocionados, los padres fueron corriendo hasta sus hijos. Brun y Broude revolcaron por el suelo pegándose lametazos, felices de estar juntos de nuevo. Brun dirigió una mirada de agradecimiento a las otras hienas, que inmediatamente después se fueron. La familia regresó a su hogar. Y nunca más se volvió a saber de esos leones y sus ataques. La paz por fin había vuelto al reino de las hienas.

FIN

Hugo Galán Sánchez
1º ESO, Ría del Carmen